

556

Roubotham, S. "La mujer
ignorada por la historia."

Ed. Debate

p. 181-188. 20

1. Familia
2. doble jornada
3. liberación
4. maternidad

14.06

2876
553

LA FAMILIA Y EL RADICALISMO SEXUAL

El papel de la mujer en la familia — dar a luz a hijos y cuidar de ellos y de su marido — hacía que las mujeres trabajadoras soportasen una doble carga. Las mujeres casadas que trabajaban estaban agotadas al llegar a los treinta años.

Leonora Eyles describe cómo la familia restringía la capacidad de agremiarse de la mujer:

Muchas veces, el año pasado, acudía a reuniones organizadas por dirigentes de los gremios en las que éstos pedían que las mujeres se afiliasen; ellas asistían en pequeño número al lugar de reunión, y se sentaban en una silla con un cansancio tan profundo que ninguna forma de propaganda hubiera podido alcanzarles; y todo el tiempo los niños jugaban cerca de la puerta llamándolas: "Mamá, ¿no vienes a casa? Quiero la merienda" ... Estaban completamente exhaustas.²¹³

Aun cuando las mujeres no trabajasen, la vida de casadas, cuando llegaba, era agotadora y monótona. Leonora Eyles describe la dieta típica de la clase trabajadora de los años veinte: carne cocida y fruta en compota los domingos, carne fría los lunes, estofado los martes, y una crisis a mitad de semana, resuelta por alguna combinación de salchichas, carne en conserva y pepinillos, o simplemente pan con margarina. A ello hay que añadir que las mujeres de la clase trabajadora sabían gran parte de su vida embarazadas, o bien dando de mamar a sus hijos, y que continuaban llevando corsets incómodos y baratos mucho tiempo después de que las de la clase media los hubiesen desechado.

Las "ocasiones especiales" eran raras. Para algunas mujeres, el día de su boda era el último en que vestían de fiesta. Y apenas salían, excepto para hacer la compra. Ni siquiera acudían a las casas de té de Lyons, donde las dependientas y oficinistas se reunían después del trabajo. Ocasionalmente iban al cine, porque era el mismo un sitio accesible y se podía mantener callados a los niños.

En 1922, Cedar Paul, en el periódico *The Communist*, criticaba a

esos socialistas que consideraban que las tareas domésticas no suponían trabajo en el capitalismo.

Ser "enfermera y ama de casa", como lo había determinado la naturaleza para las mujeres - cocinar, limpiar, fregar y remendar, lavar los platos, vestir a los niños por la mañana y meterlos en la cama por la noche después de atenderlos durante todo el día en la clase de "hogar" que la sociedad capitalista proporciona a las mujeres de los obreros -, era simplemente un *hogar*, y constituía "la verdadera esfera vital" de la mujer.²¹⁴

Aunque las condiciones de la vivienda afectaban a toda la familia, la mujer era la más perjudicada, dado que era ella quien hacía la limpieza. Si el hombre se quedaba sin empleo, los ingresos de la familia disminuían y resultaba imposible pagar el alquiler. En las zonas de depresión económica, las viviendas eran antiguas y hacinadas y la pobreza. En Londres había una gran escasez de espacio, y los alquileres eran particularmente altos. En Finsbury, Bethnal Green y Stepney, a principios de la década de los treinta, las familias que vivían en sótanos pasaban todo el día en la semioscuridad. Una inspección llevada a cabo en 1933 en Bethnal Green, Hackney y Poplar reveló que era cosa común el que cuatro o cinco personas vivieran en una sola habitación, añadiendo una siniestra lista de complementos que caracterizaban esta manera de vivir, incluyendo ratas en el sótano y cucarachas en los pisos superiores. Hackney tenía sus desventajas especiales, ya que el río subterráneo y los terrenos pantanosos lo hacían extremadamente húmedo. Un informe de 1930 se hacía eco de las quejas del médico general de sanidad sobre esa zona.

Los que no tenían donde vivir debían acudir al hospicio, con su tradicional "ley de pobres", según la cual se separaba a hombres y mujeres, o bien debían optar por la calle. La apropiación de viviendas desocupadas era la otra única salida. Pero tal acción, a los ojos de la ley, y a los de la clase que determinaba la ley, era una ofensa a la propiedad y el orden. En diciembre de 1922, cuatro familias se mudaron a una casa que había estado vacía durante un año. Los hombres habían vuelto de la guerra únicamente para encontrar en estado indigente a sus mujeres y a sus hijos. *The Recorder* pontificaba:

Habéis violado los antiguos estatutos. Son antiguos, pero se basan en un estricto sentido común. Los derechos de propiedad deben ser respetados. Todos deben saberlo, y ya es hora de que se lo asimile. Si yo descubriera que estáis trabajando en favor de quienes perjudican la ley del país, para reemplazarla por la acción directa, os aplicaría considerables penas de prisión. Tengo entendido que os encontrasteis ante la compulsión de la necesidad, y habiendo hallado una casa vacía, entrasteis en ella. Hay que aprender que no puede resultar permisible este tipo de acción.²¹⁵

The Recorder, presumiblemente, no estaba familiarizado con "la compulsión de la necesidad".

Si bien los aparatos domésticos, como las aspiradoras y las lavadoras, estaban ya en el mercado, y eran adquiridos en los años treinta por mujeres de la clase media, la depresión hizo que no existiera un mercado masivo de productos durables que pudiesen reducir potencialmente el trabajo del hogar. Hubo que esperar hasta que llegase la "abundancia", basada en que, además del marido, trabajasen las mujeres.

Era evidente que, de hecho, la mujer trabajaba en su casa, pero las tareas del hogar no entraban dentro de la categoría de lo que se consideraba "trabajo". En *The Communist* en 1922, Peggy Rothwell decía que, en su opinión, habría revueltas no sólo entre los desocupados, sino también entre "miles de personas que nunca están desempleadas y que jamás son pagadas: las esposas y las madres".²¹⁶

No resultaba clara la manera en que habría de organizarse este potencial rebelde en un futuro inmediato, aunque a largo plazo las mujeres comunistas predicaban lavanderías y cocinas comunales, electrodomésticos que ahorrarían trabajo, vacaciones y hogares de convalecencia.

Durante la Primera guerra mundial las mujeres recibían asignaciones por su separación, las que eran importantes, según Peggy Rothwell, para que la mujer tuviese "una idea diferente del valor de su trabajo en la casa".²¹⁷ Esta clase de argumento habría de hacerse cada vez más común en las décadas de los veinte y los treinta, dado que las mujeres advirtieron que el caso feminista en favor de una igualdad educativa y de oportunidades laborales se limitaba a la mujer soltera. El matrimonio y la familia significaban que las mujeres de la clase trabajadora no podían beneficiarse de esta limitada emancipación.

El Women's Co-operative Guild tenía una larga tradición de defensa de los intereses de la mujer en el hogar, habiendo propiciado campañas en favor de un mejoramiento de las condiciones de la maternidad durante la Primera guerra mundial. Cuando los albaceas de la Fundación Príncipe de Gales decidieron no otorgar ayudas a las madres solteras porque los clérigos de la junta directiva opinaron que esto podría provocar hostilidades entre las mujeres casadas, el Women's Co-operative Guild envió una indignada comición. Su representante, la Layton, diría más tarde:

Explicó que representaba al Women's Co-operative Guild, una organización con 30.000 miembros, principalmente compuesta por respetables mujeres casadas, y que el Guild repudiaba por entero la declaración de que las mujeres casadas se resentirían (y) pedía que se recordase que cada vez que caía una mujer, también caía un hombre.²¹⁸

No obstante, había una cierta controversia en el Guild acerca del modo en que se podía ayudar más efectivamente a la posición econó-

...a de la mujer: si mejorando las condiciones y los salarios en la industria o extendiendo las asignaciones que se concedía a las mujeres la familia. Si se concentraban en lo primero, descuidaban los problemas de la mujer en el hogar. Pero existía el peligro opuesto de reducir el papel tradicional de la mujer si se acentuaba su importancia como esposa y madre. El mismo argumento reapareció cuando Eleanor Rathbone señaló la "subestimación del trabajo doméstico" al actuar una campaña en favor de las asignaciones familiares en la década de los treinta.

Este dilema no sólo afectaba a las mujeres de Gran Bretaña, sino a todos los países capitalistas. Era parte de un problema estratégico más general, el de defender la posición específica de la mujer sin admitir ante la idea de las mujeres como un sexo que tuviese una esfera separada. Las mujeres socialistas eran conscientes de que la naturaleza diferente del trabajo doméstico respecto del cumplido fuera el hogar era responsable de la idea de que las mujeres eran apéndices de los hombres, algo que persistía en la estructura legal del matrimonio, así como de la idea de que las mujeres debían recibir un salario menor que el de los hombres en la industria. En un mitin internacional mujeres precedentes de varias organizaciones socialistas, que incluía al Partido laborista inglés, el Women's Co-operative Guild y el Partido laborista independiente, efectuado en Viena en julio de 1931, delegada de Bélgica arguyó que el "malentendido" sobre "el verdadero valor del trabajo de la mujer en el hogar" conllevaba el desprecio al "trabajo de la mujer". Añadió que había muy poca investigación sobre el trabajo doméstico, y que para probar a "las mujeres de la clase trabajadora que no las rechazamos" era necesario "atribuir un valor profesional al trabajo doméstico".

"Subrayando constantemente el hecho de que la emancipación de la mujer puede conseguirse únicamente por medio del trabajo pagado, hemos excluido de nuestras filas a mujeres dispuestas y deseosas de unirse a nosotros."²¹⁹

La confusión de la emancipación con el trabajo, en el capitalismo, es, obviamente, una concepción distorsionada de la libertad. Pero el problema reside en que, dentro del capitalismo, el único tipo de valor que podría atribuirse al trabajo —que no fuese parte directa del sistema de trabajo asalariado—, estaba doblemente distorsionado, ya que el trabajo en la familia era inseparable de las condiciones de explotación y alienación que predominaban en las relaciones sociales de la producción.

Inconscientemente, la delegada belga se había hecho eco de ideas utilizadas para ensalzar la maternidad, cuando el desempleo hizo nece-

sario mantener a las mujeres en sus casas. Por ejemplo, la British Board of Education publicó en 1926 *The Education of the Adolescent*, en la que sostenía igual opinión, arguyendo que las artes del hogar tenían que ser enseñadas a las muchachas de la clase trabajadora:

También habría que enseñarles que de una dirección y un cuidado eficiente de la casa dependen la salud, la felicidad y la prosperidad de la nación. El descontento con el trabajo doméstico se ha originado, en gran medida, en el hecho de que las artes del hogar no han sido en general consideradas como una ocupación especializada para la cual es esencial un entrenamiento especial, así como ha sido demasiado a menudo practicada por aquellas que, por falta de conocimiento o a causa de una inteligencia poco desarrollada, han sido incapaces de llevarla a cabo con eficiencia y de ganarse el respeto de sus semejantes.²²⁰

En vez de exigir que el trabajo doméstico fuese reducido a un mínimo y dividido entre ambos sexos, la delegada belga y el informe de la British Board of Education consideraban que si la mujer enfocaba las tareas del hogar con un sentido mejorado del estatus, las mismas adquirirían mayor significado. Ignoraron por entero los cambios que la producción capitalista había supuesto para la organización del trabajo, a la vez dentro y fuera de la casa. Estaban interesados en cambiar las actitudes, y no en transformar la estructura de la sociedad capitalista y las relaciones entre clases y grupos dentro de tal estructura.

No parece haber habido ningún intento socialista feminista para analizar la naturaleza de la producción de la mujer y su efecto sobre la situación y la conciencia de todas las mujeres, aunque a principios de los años veinte algunas miembros de la izquierda revolucionaria se ocuparon de estas cuestiones. Tampoco se defendía la teoría de que debería cambiar la distribución del trabajo entre los sexos. El sueño de Lily Gair Wilkinson de hacer que los hombres fuesen partícipes de las tareas del hogar nunca obtuvo muchos adeptos. Se ponía mayor acento en sacar a las mujeres de sus casas para incorporarlas a la producción, o bien en incrementar las asignaciones estatales para la mujer, antes que en trastocar los papeles de los sexos en la familia. No obstante, Alec Craig, en *Sex and Revolution*, sostuvo que "personas de ambos sexos habrían de compartir las cargas del trabajo doméstico y la crianza, manutención y educación de los niños."²²¹

Craig no distingue entre el trabajo doméstico — mucho del cual es lavar y limpiar — y el cuidado de los niños — que es una relación entre personas. Reduce esta relación a una tarea de mera producción económica, con la emoción y el sentimiento de algún modo separados de las necesidades materiales del niño.

Las ideas de Freud y sus seguidores acerca de la importancia de los comienzos del desarrollo del niño ejercieron importante influencia

sobre los radicales sexuales ingleses, reemplazando a Havelock Ellis y a Edward Carpenter en la posguerra.

La única expresión práctica inmediata de las ideas de reforma sexual y de cambio en la familia fueron las escuelas progresistas en las que participaban los padres, como la de Russell en Hampshire, o la comunidad de Caldecott, que se destacaba por incluir a padres de la clase media. Aun cuando es cierto que las escuelas progresistas — y particularmente el trabajo de A.S. Neill — han hecho mucho para alterar las ideas sobre la educación de los niños, su impacto sobre la estructura de la familia ha sido insignificante.

Los reformistas sexuales no parecen haber intentado, como lo hizo Reich en sus primeros años, integrar la política sexual con el movimiento revolucionario de la clase obrera, o comprender teóricamente las relaciones en la sociedad entre biología y explotación de clases, o bien entre psicología y materialismo dialéctico, aunque hubo varios intentos por parte de los marxistas de entender el modo en que el freudismo podría llegar a entroncarse con el marxismo.²²¹ Christopher Caudwell, en *Studies in a Dying Culture*, publicado en 1938, había luchado, aparentemente en un completo aislamiento intelectual, con interrogantes raramente discutidos por el marxismo de la época, incluyendo cuestiones sobre el amor y las relaciones sexuales.

Las radicales sexuales de Gran Bretaña no eran necesariamente feministas. Se inclinaban a argüir, hacia los años treinta, que estaban más allá del antagonismo sexual, y la resistencia por parte de las primeras feministas a discutir la sexualidad las afirmó en esta opinión.

En 1925, Dora Russell opinaba que el feminismo había descuidado la situación biológica y sexual de la mujer en su preocupación por conquistar las posiciones del hombre.

Fuimos tan lejos como pudimos, considerando la hostilidad masculina. Las jóvenes feministas de hoy serían las primeras en admitir que, probablemente, nos habría compensado el ir aún más lejos... Para mí, la tarca más importante del feminismo moderno es la de aceptar y proclamar el sexo; la de enterrar para siempre la mentira de que el cuerpo es un lastre para la mente, y el sexo un mal necesario que debe ser soportado en nombre de la perpetuación de nuestra raza.²²³

Pero tal afirmación de la sexualidad estaba muy lejos de las condiciones materiales de vida en la clase trabajadora. Leonora Eyles descubrió que muchas de las mujeres con las que hablaba consideraban el sexo una imposición, y no un placer. Opinaba que la falta de educación sexual, así como las viejas historias sobre la cigüeña y otras semejantes, eran responsables de ello, junto con la "debilidad nerviosa"²²⁴ causada por las malas condiciones de vivienda, la alimentación inadecuada y el exceso de trabajo. Los hombres estaban a menudo tan con-

fundidos como las mujeres. No era su falta de sensibilidad, sino la simple ignorancia, lo que les impedía comprender las actitudes de las mujeres respecto al sexo. Lo mismo ocurría con la anticoncepción. Las mujeres se encontraban literalmente paralizadas por el miedo ante el peligro físico y económico que suponía un embarazo. Como remedios, Leonora Eyles sugería instrucción sexual en la escuela, propaganda en contra de la idea masculina del sexo como derecho del marido y subsidios estatales para las madres.

La emancipación sexual de las décadas de los veinte y los treinta se limitó a ser aplicada a una privilegiada porción de la sociedad. En consecuencia, nunca pudo resolverse del todo el conflicto en el seno del feminismo respecto a la sexualidad y a la situación biológica de la mujer, ya que estas particularidades siempre encontraban una expresión práctica muy limitada. La lucha por el control de la natalidad, por ejemplo, en tanto que paso necesario, estaba aún en sus principios. Del mismo modo que no había una definida estrategia feminista sobre los problemas de la mujer en la familia y su relación con la producción, la específica situación biológica de la mujer tendía a ser rechazada por los radicales sexuales, a la vez que encumbrada a destino anatómico por los conservadores sexuales. Parecía imposible distinguir entre biología e historia, o naturaleza y sociedad.

NOTAS

- 213 Leonora Eyles, *Women's Problems of Today*, The Labour Publishing Co., 1926.
- 214 Cedar Paul, "Women and Communism", *The Communist*, 11 de marzo de 1922, p. 6.
- 215 "The Case of Four Homeless Families", *The Workers' Dreadnought*, 2 de diciembre de 1922, p. 2.
- 216 Peggy Rothwell, "Mainly about Women", *The Communist*, 4 de marzo de 1922, p. 6.
- 217 *Ibid.*, p. 6.
- 218 Layton, "Memories of Seventy Years", en Margaret Llewellyn Davies (ed.), *Life as we have known it, Co-operative Working Women*, Londres, 1931, p. 51.
- 219 Cuarta conferencia internacional de mujeres, 1931, *Labour and Socialist International, Reports & Proceedings*, 1932.
- 220 *The Education of the Adolescent*, Board of Education, HMSO, 1926.
- 221 Alec Craig, *Sex and Revolution*, Londres, 1934, p. 91.
- 222 Véase, por ejemplo, R. Osborn, *Freud and Marx*, Londres, 1937.
- 223 Dora Russell, *Hyppatia*, Londres, 1925, pp. 23-25.
- 224 Eyles, *The Woman in the Little House*, p. 133.

LA MATERNIDAD Y LA FAMILIA

En la década de los veinte se produjo un descenso en el índice de natalidad, así como una disminución en el tamaño de las familias. En el periodo victoriano, la familia media tenía cinco o seis hijos. Para los años veinte, el promedio había descendido a dos. Esta tendencia continuó en los treinta. En 1933, cuando mayor fue el desempleo, el índice de natalidad alcanzó su punto más bajo. Algunos contemporáneos consideraban la declinación del tamaño de la familia como una característica de la depresión. Pero si bien todas las clases sociales tenían menos hijos, esta tendencia era más marcada en las clases media y media baja, y no en la trabajadora. La agitación en favor del control de la natalidad no había comenzado a manifestarse por entonces.

El bajo índice de natalidad produjo un pánico de "infrapoblación". Detrás de este fenómeno pendía el temor a que las clases medias fuesen avasalladas por el índice más alto de natalidad de los pobres y los desocupados. Estos emergían a la lucha a través de las marchas nacionales del hambre, que comenzaron en 1932. El pánico ante el índice de natalidad era parte de una más explícita concentración de represión del Estado. También existía el temor a que las razas blancas fuesen superadas por las negras. Los movimientos nacionalistas de las colonias británicas indujeron a los políticos prevención por la seguridad del imperio. En 1935, Neville Chamberlain mostraba su disgusto por el momento en que "el Imperio británico necesite mayor cantidad de ciudadanos de la raza debida, y en que nosotros no seamos capaces de cubrir esa exigencia"²⁵. Todo esto dio nuevas fuerzas a los defensores de la teoría del "retorno a las cocinas" y del papel "natural" de las mujeres que, como observa Winifred Holtby, mantuvieron en jaque a las feministas en los años treinta. A ellos se sumaron "expertos" psicólogos, que utilizaron los nuevos tests de cociente de inteligencia para demostrar que el correspondiente a la nación estaba

destinado a descender con los hábitos de control de natalidad de las clases altas.

Noreen Branson y Margot Heinemann detectaron un "reproche implícito" al hecho de que las mujeres jóvenes de la clase media no retomaran las costumbres de procreación de la época victoriana²²⁶, pero aparte de una pequeña disminución en el pago de impuestos, en los treinta, no se hizo nada práctico para facilitar la procreación, si así lo deseaban las mujeres. Se consiguió que éstas se sintieran culpables, sin ningún mejoramiento significativo en la provisión de la maternidad o en las facilidades para el cuidado de los niños. De hecho, y aunque la mortandad infantil disminuyó, con la de las madres no ocurrió así. Por el contrario, en el período 1922-1933, aumentó. Entre 1920 y 1930, alrededor de 39.000 madres murieron al dar a luz en Inglaterra y Gales. La disminución en el índice de mortandad materna no se produjo hasta principios de la década de los cuarenta.

La campaña en favor de mejores condiciones para las madres durante el alumbramiento había sido, desde hacía mucho, preocupación del Women's Co-operative Guild. Sus publicaciones de relatos de mujeres de la clase trabajadora sobre el embarazo y el alumbramiento describían las condiciones en que se manifestaba la maternidad en los hogares de la clase obrera, y fomentaron la agitación en favor de una mejora en este aspecto. También demostraban que, antes de la Primera guerra mundial, las mujeres de la clase trabajadora habían estado improvisando desesperadamente su propio sistema de control de natalidad. "Hay una especie de rechazo de las familias numerosas."²²⁷ El Co-operative Guild quería que se incluyera un beneficio de maternidad en la reglamentación de seguridad social, y que se lo considerase propiedad de la esposa. También exigía la creación de clínicas estatales en las que la atención a la maternidad se combinara con instrucción adecuada sobre el control de natalidad. El Maternity and Child Welfare Act de 1919 proporcionaba consejos, tratamiento y asistencia social a las mujeres embarazadas. Pero a los visitantes sociales no les estaba permitido aconsejar nada sobre la anticoncepción.

Prontó fue evidente que no bastaría únicamente con mejorar las condiciones de la maternidad. La situación a largo plazo de la salud de la mujer obrera afectaba el índice de mortandad materna. En 1924, Janet Campbell publicó su informe sobre "Mortandad maternal", en el que demostraba que 3.000 madres morían cada año en el alumbramiento. Muchas más quedaban permanentemente dañadas. No sólo podría evitarse la mayoría de estas muertes con mejores cuidados, sino que había asimismo una evidente interrelación entre el índice de mor-

tandad materna y la pobreza. Las madres de familias numerosas enfrentaban mayores riesgos — y los pobres tenían familias numerosas.

En épocas de crisis, la maternidad era especialmente peligrosa, ya que los embarazos de las mujeres de la clase obrera eran de por sí arriesgados, y el margen entre la supervivencia y la pobreza aguda era muy escaso. Durante el *lock-out* minero de 1926, las mujeres de los mineros sufrieron terriblemente. Recibieron ayuda de muchas organizaciones femeninas. La sección de mujeres del Partido laborista se ocupó de averiguar qué mujeres estaban embarazadas para entregarles raciones extra de alimentos. En agosto de 1926 llegó de Northumberland una solicitud de ayuda que describe la situación de las mujeres que acababan de dar a luz:

«Esté es mi quinto hijo; paso las horas despierta todas las noches esperando que llegue un nuevo día, para que mi mente pueda estar ocupada con los niños y el trabajo de la casa, y apenas me atrevo a pensar en el más pequeño. No tengo nada para él, y nada puedo conseguir. No puedo recurrir a mis propios familiares, dado que ellos también trabajan en las minas y se encuentran en una triste situación. Espero que pueda comprender lo que esto significa para mí, ya que no es culpa nuestra que nos encontremos como nos encontramos... La pobreza entre los mineros es penosa, y si ni siquiera podemos arreglarnos cuando nuestros maridos tienen trabajo, ¿cómo habríamos de lograrlo ahora?»²²⁸

En las zonas más tarde afectadas por la depresión, la salud de las mujeres se deterioró rápidamente. Se privaban ellas mismas de comida para poder alimentar a sus maridos y a sus hijos. El Dr. Andrew Laird, por ejemplo, encargado de la asistencia de maternidad y cuidado de niños, de Newport, denunció casos de raquitismo y de deficiencia en las dietas de los niños de pecho. Los niños iban cada vez peor calzados y vestidos. Las mujeres estaban desazonadas y eran "desatendidas", a causa de las "condiciones del desempleo"²²⁹. El informe final del Department Committee on Maternal Mortality and Morbidity se publicó en 1932, y en 1933 se creó el Womens Health Enquiry Committee. La investigación logró que acallasen los propiciadores de la campaña. Los resultados de entrevistas y encuestas a 1.250 mujeres casadas se publicaron en 1938 en un libro de la Pelican escrito por Margery Spring Rice, titulado *Working Class Wives*, con un prólogo de Janet Campbell. El libro analizaba la salud de la mujer en general. La lista de dolencias menores casi permanentes hablaba elocuentemente de la pobreza, las malas condiciones de vivienda, el hacinamiento, las dietas deficientes y el simple agotamiento. La anemia era la queja más común, seguida de jaquecas, constipados, reumatismo, problemas ginecológicos, problemas dentarios, indigestión y muchos otros. La depresión también tenía sus efectos psicológicos. Las mujeres decían que la desesperada lucha contra la pobreza las ponía "nerviosas", una expre-

sión poco adecuada para describir todo el complejo de presiones psicológicas, agotamiento, problemas sexuales, la aburrida monotonía de la vida y la humillación de vivir de la limosna. Muy pocas de ellas trabajaban, de modo que carecían de seguridad social.

Una mujer de Blackburn, de treinta y cinco años, tenía seis hijos, de los que el primero había muerto. Era anémica, sufría de vómitos y describía cómo apenas salía de su casa, que era "oscura y húmeda". "Nunca voy al mercado o al cine. Mi hermana solía venir para cuidar de los niños y permitirme así salir un poco, pero ahora se ha ido de la ciudad."²³⁰

La gente se veía forzada a aceptar viviendas inadecuadas porque no podía pagar nada mejor. Una mujer de Battersea, Londres, tenía una familia de ocho miembros y vivía en dos habitaciones, compartiendo un cuarto de baño con dieciséis personas. El sitio era húmedo y estaba lleno de goteras. El alquiler era de 7 chelines y 6 peniques. No podía pagar las rentas comunitarias, de 19 chelines y 7 peniques, más 2 peniques por la luz eléctrica, porque cuando su marido no tenía trabajo sólo disponían de 33 chelines y 3 peniques semanales. Las malas condiciones de vivienda convertían al trabajo doméstico en una exhaustiva e incesante rutina. Esta mujer decía:

Supongo que algunos pensarán que vivir en dos habitaciones significa que no se tiene demasiado trabajo. Yo preferiría limpiar una casa entera a limpiar mis dos habitaciones todos los días. Tengo una cama en el fondo para las dos niñas, y otra para el niño, que debo quitar todos los días y volver a instalar por la noche para tener más lugar. Comemos en esta habitación. Yo cocino aquí todas las comidas; en la otra habitación están: mi cama, una cama que tengo que hacer para el poqueñín en el sofá y el coché, en el que duermo el bebé.²³¹

El informe abogaba por un aumento de salarios, más facilidades comunitarias para los niños, una ampliación de los servicios sociales, subsidios para las familias, viviendas baratas de bajo alquiler, una extensión de servicios en las clínicas de maternidad para cubrir los problemas ginecológicos y psicológicos de la mujer, y una mejor formación de las jóvenes en economía doméstica. Bien se podría haber procedido a sugerir al capitalismo que ya era tiempo de que se aboliera a sí mismo, pero, obviamente, el informe era "razonable".

El cambio no fue resultado de una gradual toma de conciencia respecto a la situación de los pobres y necesitados. De hecho, se dieron muchos pasos atrás. Las posibilidades de que se proveyeran facilidades en cuanto a guarderías no eran muchas más en 1930 que hacia 1900, cuando se había creído que la educación preescolar seguiría a la expansión de la educación elemental y secundaria. La ley Fischer de 1918 autorizó a las autoridades locales a que instalasen

escuelas o clases para párvulos. Pero el Maternity and Child Welfare Act, del año siguiente, transfirió esta responsabilidad de la Junta de educación al Ministerio de salud pública. En teoría, ésta parecía una medida razonable, pero en la práctica condujo a que las pautas a cumplir fuesen tan altas que pocas guarderías quedaron calificadas para recibir concesiones, por lo que el abismo entre las guarderías públicas y las privadas se hizo todavía mayor. Hacia 1932 había únicamente 52 guarderías estatales; en 1938, 112. Con tales cifras ni siquiera se comenzaba a paliar el problema, y aunque el informe Hadow, de 1933, apoyó la creación de mayores facilidades para las guarderías, en gran parte sus recomendaciones fueron desoídas.

Los subsidios familiares, junto con otras medidas de salud pública, parecían utópicos a pesar de la enérgica campaña de Eleanor Rathbone a finales de los años treinta. Finalmente se los introdujo, en diferentes circunstancias, como resultado de la guerra. Los gremios se opusieron a ellos. Se creía que serían utilizados, al igual que la antigua ley de pobres, como una excusa de las patronales para mantener bajos los salarios. De hecho, no fue éste el caso gracias a la fuerza de la clase trabajadora en las condiciones de empleo de posguerra.

Una mejor formación de las jóvenes en economía doméstica era ya un viejo sonsonete. Desde la revolución industrial había habido quejas sobre la ignorancia doméstica de las muchachas de la clase trabajadora. Las proposiciones de las feministas liberales para una mejor formación de las jóvenes tendían a limitarse a la enseñanza académica propia de la clase-media, o simplemente a exigir un mejor entrenamiento industrial. No cuestionaban el condicionamiento sexual de las jóvenes de todas las clases.

Del informe de 1938 se desprendería que las condiciones de la maternidad podían mejorarse mediante mayores concesiones del Estado capitalista: más clínicas, mejor provisión para la maternidad, una ampliación del bienestar social. Las relaciones de poder ocultas tras el mecanismo del bienestar social no quedan muy claras. Tampoco se considera la pobreza, las penurias y los sufrimientos de la mujer embarazada de la clase trabajadora, o la forma opresiva que adquiere la crianza de los niños en el capitalismo como resultado de la división sexual del trabajo en el familia y la organización de la producción capitalista en general.

Al plantear sus demandas "razonables", y al reaccionar contra el rechazo de la maternidad por parte de los primeros movimientos feministas, estas mujeres liberales y laboristas nunca cuestionaron fundamentalmente la sociedad que intentaban reformar.